

EPÍLOGO

DISCURSO Y VIOLENCIA. LA CIVILIZACIÓN DEL ODIO

La violencia, hecho universal, siempre se presenta como efecto de un discurso, está condicionada por él y, por tanto, hablar de violencia implica hablar de discurso, es decir del lazo social fundado en el lenguaje.

El surgimiento simultáneo del discurso y la violencia, nacido uno al tiempo que la otra, es señalada en distintos campos del saber. Implica que con la palabra viene la posibilidad de la violencia a la vez que la posibilidad de su derrota y que al renegar del discurso sólo se arriesga la peor violencia. En eso, el discurso es, como dice Lacan, "el decir que socorre".

El término "discurso" se ha ido extendiendo hasta designar propiedades de enunciados como cuando se dice "el discurso médico" ó "el discurso de las ciencias sociales". Son ejemplos de cuando este término está referido a los enunciados. Sin embargo, para el psicoanálisis el discurso no es el habla pues puede existir aún cuando ninguna palabra haya sido pronunciada porque el discurso es el dispositivo simbólico (entendido éste como palabra y letra) constituyente del lazo social. Es por tanto lo que regula los vínculos sociales y distribuye el goce a partir de dar cuenta de un imposible, que es la imposibilidad de obtener un goce absoluto ó una satisfacción absoluta. A esto se denomina en psicoanálisis castración que es, por tanto, causa y efecto de discurso.

Lacan aísla y formaliza cuatro discursos, cuatro estructuras discursivas: discurso del amo, de la universidad, de la histeria y discurso analítico. Cada discurso produce un modo de

relación a la castración o lo que es lo mismo un modo de inaccesibilidad al goce absoluto o incestuoso.

¿Qué ocurre en nuestra contemporaneidad?

En esta época impera globalmente el neoliberalismo capitalista de última generación, entendido éste no sólo como las condiciones socioeconómicas que le son propias sino como un discurso, discurso que fue denominado por Lacan, ya en 1972, discurso capitalista.

Lacan considera el discurso capitalista como una perversión del discurso del amo pues elimina, rechaza la castración y, por rechazar la castración, deja de lado las cosas del amor. Intenta hacer posible lo imposible produciendo un goce como pura pérdida, un goce desatado, sin límite, un desorden que se manifiesta en la producción permanente del exceso. Si el discurso como tal pone un límite al goce absoluto, el capitalismo al no tener límite es considerado por Lacan un falso discurso.

Este falso discurso que promete hacer posible lo imposible —al fin ser, al fin tener, el falo— en su alianza con la tecno-ciencia, con su exacerbada producción de objetos, favorece un efecto de autismo social característico del individualismo moderno, del sí mismo en una ilusa promesa de completud, con la esperanza de que si no la conseguimos hoy será mañana, que lógicamente al no ser para todos produce un abismo segregacionista en lo social que conduce a lo peor, tal y como Freud y Lacan anticiparon de nuestra época y que se puede constatar en la subjetividad contemporánea: guerras (incluso preventivas), miseria, hambre, violencia, explotación de los niños... que han adquirido un carácter pandémico contrariamente a lo que se podía esperar del "progreso" de la civilización. Civilización del odio que es la nuestra.

Discurso capitalista que, como decíamos, elimina y rechaza la castración y por rechazar la castración deja de lado las cosas del amor con la consecuencia de darse unas relacio-

nes con los otros donde el amor como don no tiene lugar sino que produce una exacerbación del registro imaginario del amor. No es que el discurso capitalista no posea la noción del amor sino que rechaza un cierto amor, el amor que incluye la falta, el respeto por la diferencia, el que hace condescender el goce al deseo y, en cambio, fuerza un amor imaginario, sin falta, un mito del amor como pura promesa de lo imposible.

Es el efecto de la deflexión de lo simbólico por haber sido sustituido el significante por el objeto, pues el capitalismo no sólo despoja de su producto económico a quien explota sino que también lo despoja de la palabra y las ideas, lo sumerge en un torbellino de justificaciones que reproducen el sistema y hacen al sujeto parte de él, delegando y suprimiendo la responsabilidad.

Las relaciones con los otros, los vínculos sociales quedan marcados por la precariedad de lo consumible y de lo efímero, es decir que el capitalismo no posibilita el lazo social sino que lo fragmenta, lo disuelve, lo debilita. En ese sentido es equivalente a una muerte discursiva.

Ante esta disolución de los vínculos sociales nos hace pensar que la pareja, hoy en día, es un intento de preservar cierto lazo social, como un pequeño refugio, como un pequeño reducto que en el caso de estas mujeres es palpable en su aferrarse a sus parejas, ante este panorama tan desolador de disgregación de los lazos sociales.

El sujeto contemporáneo está en esta encrucijada a cuya salida el psicoanálisis no da, no puede dar, una solución universal. El psicoanálisis propone la salida por la subversión del sujeto de deseo, ese sujeto que hemos dicho que es bisagra entre lo singular (lo pulsional) y lo universal (efecto de cultura) y así poder hacer con, en, los vínculos sociales de su época de otro modo que no sea la destrucción y el dominio del otro y esto implica que el sujeto, sea hombre o mujer, no eluda la responsabilidad subjetiva.

